

I

Para Sherlock Holmes ella es siempre la mujer. Rara vez le he oído mencionarla con otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa y predomina el conjunto de su género. No es que sintiera ninguna emoción parecida al amor por Irene Adler. Todas las emociones, y esa en particular, eran aborrecibles para su mente fría y precisa, pero admirablemente equilibrada. Era, creo, la máquina de razonar y observar más perfecta que el mundo haya visto, pero como amante se habría colocado en una posición errónea.

Nunca hablaba de las pasiones más débiles, salvo con una burla y una mofa. Eran cosas admirables para el observador, excelentes para descorrer el velo de los motivos y las acciones de los hombres. Pero para el razonador entrenado admitir tales intrusiones en su propio temperamento delicado y finamente ajustado era introducir un factor de distracción que podría arrojar una duda sobre todos sus resultados mentales. La arenilla en un instrumento sensible, o una grieta en una de sus propias lentes de alta potencia, no serían más perturbadoras que una fuerte emoción en una naturaleza como la suya. Y, sin embargo, no había más que una mujer para él, y esa mujer era la difunta Irene Adler, de dudosa y cuestionable memoria.

Últimamente había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había alejado el uno del otro. Mi propia y completa felicidad, y los intereses centrados en el hogar que surgen en torno al hombre que se encuentra por primera vez dueño de su propio hogar, eran suficientes para absorber toda mi atención, mientras que Holmes, que detestaba toda forma de sociedad con toda su alma bohemía, permanecía en nuestro alojamiento de Baker Street, enterrado entre sus viejos libros, y alternando de semana en semana entre la cocaína

na y la ambición, la somnolencia de la droga y la feroz energía de su propia y aguda naturaleza. Seguía, como siempre, profundamente atraído por el estudio del crimen, y ocupaba sus inmensas facultades y sus extraordinarios poderes de observación en seguir esas pistas y en esclarecer esos misterios que la policía oficial había abandonado por considerarlos imposibles. De vez en cuando oía algún relato vago de sus actividades: de su convocatoria a Odessa en el caso del asesinato de Trepoff, de su aclaración de la singular tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, por último, de la misión que había cumplido con tanta delicadeza y éxito para la familia reinante de Holanda. Sin embargo, más allá de estos indicios de su actividad, que yo sólo compartía con todos los lectores de la prensa diaria, poco sabía de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche -fue el veinte de marzo de 1888- regresaba de un viaje a un paciente (pues ahora había vuelto a la práctica civil), cuando mi camino me llevó por Baker Street. Al pasar por la bien recordada puerta, que siempre estará asociada en mi mente con mi cortejo y con los oscuros incidentes del Estudio en Escarlata, me invadió un vivo deseo de volver a ver a Holmes y de saber cómo empleaba sus extraordinarios poderes. Sus habitaciones estaban brillantemente iluminadas y, cuando levanté la vista, vi pasar dos veces su alta y sobria figura en una oscura silueta contra la persiana. Se paseaba por la habitación con rapidez y entusiasmo, con la cabeza hundida en el pecho y las manos juntas detrás de él. Para mí, que conocía cada uno de sus estados de ánimo y sus hábitos, su actitud y sus modales contaban su propia historia. Estaba trabajando de nuevo. Se había levantado de sus sueños creados por la droga y estaba al acecho de un nuevo problema. Llamé al timbre y me hicieron pasar a la habitación que antes había sido en parte mía.

Sus modales no eran efusivos. Rara vez lo eran, pero creo que se alegró de verme. Sin pronunciar apenas una palabra, pero con una mirada amable, me hizo un gesto para que me acercara a un sillón, me lanzó su caja de puros y me indicó una caja de licores y un gasógeno en un rincón. Luego se paró frente al fuego y me miró con su singular estilo introspectivo.

"El matrimonio te sienta bien", comentó. "Creo, Watson, que has engordado dos kilos y medio desde que te vi".

"¡Siete!" Respondí.

"De hecho, debería haber pensado que un poco más. Sólo un poco más, creo, Watson. Y en la práctica de nuevo, observo. Usted no me dijo que tenía la intención de volver al trabajo".

"Entonces, ¿cómo lo sabes?"

"Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que se ha mojado usted mucho últimamente, y que tiene una sirvienta de lo más torpe y descuidada?"

"Mi querido Holmes", dije, "esto es demasiado. De haber vivido hace algunos siglos, sin duda te habrían quemado. Es cierto que el jueves salí a pasear por el campo y volví a casa terriblemente desaliñado, pero como me he cambiado de ropa no puedo imaginar cómo lo deduce usted. En cuanto a Mary Jane, es incorregible, y mi esposa le ha dado un aviso, pero ahí, de nuevo, no veo cómo lo deduces".

Se rió para sí mismo y se frotó sus largas y nerviosas manos.

"Es muy sencillo", dijo, "mis ojos me dicen que en el interior de su zapato izquierdo, justo donde la luz del fuego incide, el cuero está marcado con seis cortes casi paralelos. Evidentemente, han sido causados por alguien que ha raspado con mucho descuido los bordes de la suela para quitarle el barro encostrado. De ahí, como ve, mi doble deducción de que usted había salido a la calle con mal tiempo, y de que tenía un ejemplar especialmente dañino de Londres que rasca las botas de mala forma. En cuanto a su práctica, si un caballero entra en mis habitaciones oliendo a yodoformo, con una marca negra de nitrato de plata en su dedo índice derecho, y un bulto en el lado derecho de su sombrero de copa para mostrar dónde ha segregado su estetoscopio, debo ser torpe, en verdad, si no lo pronuncio como un miembro activo de la profesión médica."

No pude evitar reírme de la facilidad con la que explicó su proceso de deducción. "Cuando le oigo dar sus razones", comenté, "la cosa siempre me parece tan ridículamente simple que yo mismo podría hacerlo fácilmente, aunque en cada instancia sucesiva de su razonamiento me siento desconcertado hasta que usted explica su proceso. Y sin embargo, creo que mis ojos son tan buenos como los tuyos".

"Así es", contestó él, encendiendo un cigarrillo y tirándose en un sillón. "Usted ve, pero no observa. La distinción es clara. Por ejemplo, usted ha

visto con frecuencia los escalones que suben desde el vestíbulo hasta esta habitación".

"Frecuentemente".

"¿Con qué frecuencia?"

"Bueno, algunos cientos de veces".

"Entonces, ¿cuántas hay?"

"¿Cuántas? No lo sé".

"¡Claro que sí! No has observado. Y, sin embargo, has visto. Ese es mi punto de vista. Ahora, sé que hay diecisiete pasos, porque he visto y observado. Por cierto, ya que te interesan estos pequeños problemas, y ya que eres lo suficientemente bueno como para hacer una crónica de una o dos de mis insignificantes experiencias, puede que te interese esto". Arrojó una hoja de papel grueso, de color rosa, que estaba abierta sobre la mesa. "Me llegó por el último correo", dijo. "Léala en voz alta".

La nota no tenía fecha, ni firma ni dirección.

"Esta noche, a las ocho menos cuarto, le visitará un caballero que desea consultarle sobre un asunto de suma importancia. Sus recientes servicios a una de las casas reales de Europa han demostrado que puede confiarse en usted para asuntos de una importancia que difícilmente puede exagerarse. Hemos recibido esta descripción de usted de todas partes. Esté entonces en su habitación a esa hora, y no tome a mal que su visitante lleve una máscara".

"Esto es realmente un misterio", comenté. "¿Qué crees que significa?"

"Todavía no tengo datos. Es un error capital teorizar antes de tener datos. Insensiblemente uno empieza a retorcer los hechos para adaptarlos a las teorías, en lugar de que las teorías se adapten a los hechos. Pero la nota en sí misma. ¿Qué deduce usted de ella?"

Examiné detenidamente la nota y el papel en el que estaba escrita.

"El hombre que la escribió era, presumiblemente, de buena condición", comenté, tratando de imitar los procesos de mi compañero. "Un papel así no podría comprarse por menos de media corona el paquete. Es particularmente fuerte y rígido".

"Peculiar, ésa es la palabra", dijo Holmes. "No es en absoluto un papel inglés. Sosténgalo a la luz".

Así lo hice, y vi una E grande con una g pequeña, una P y una G grande con una t pequeña entretejidas en la textura del papel.

"¿Qué te parece eso?", preguntó Holmes.

"El nombre del fabricante, sin duda; o su monograma, más bien".

"En absoluto. La "G" con la "t" minúscula significa "Gesellschaft", que en alemán significa "Compañía". Es una contracción habitual, como nuestro "Co". La P, por supuesto, significa "Papier". Y ahora, la "Eg". Echemos un vistazo a nuestro Gazetteer continental". Sacó un pesado volumen marrón de sus estantes. "Eglow, Eglonitz... aquí estamos, Egria. Está en un país de habla alemana, en Bohemia, no muy lejos de Carlsbad. Notable por ser el escenario de la muerte de Wallenstein, y por sus numerosas fábricas de vidrio y papel. Ja, ja, muchacho, ¿qué te parece eso?" Sus ojos brillaron y su cigarrillo emitió una gran nube azul de triunfo.

"El papel se fabricó en Bohemia", dije.

"Precisamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. Fíjese en la peculiar construcción de la frase: "Hemos recibido de todas partes este informe sobre usted". Un francés o un ruso no podrían haber escrito eso. Es el alemán quien es tan descortés con sus verbos. Por lo tanto, sólo queda descubrir qué es lo que quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y que prefiere llevar una máscara a mostrar su rostro. Y aquí viene, si no me equivoco, a resolver todas nuestras dudas".

Mientras hablaba se oyó el sonido agudo de los cascos de los caballos y el rechinar de las ruedas contra el bordillo, seguido de un fuerte tirón de la campana. Holmes silbó.

"Un par, por el sonido", dijo. "Sí", continuó, mirando por la ventana. "Un pequeño y bonito brougham y un par de bellezas. Ciento cincuenta guineas cada uno. Hay dinero en este caso, Watson, si no hay nada más".

"Creo que será mejor que me vaya, Holmes".

"Ni un ápice, doctor. Quédese donde está. Estoy perdido sin mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena perderselo".

"Pero su cliente..."

"No te preocupes por él. Puede que yo quiera su ayuda, y él también. Aquí viene. Siéntese en ese sillón, doctor, y preste su mejor atención".

Un paso lento y pesado, que se había escuchado en las escaleras y en el pasillo, se detuvo inmediatamente frente a la puerta. Luego se oyó un golpe fuerte y autoritario.

"¡Adelante!", dijo Holmes.

Entró un hombre que difícilmente podía medir menos de un metro ochenta, con el pecho y los miembros de un Hércules. Su vestimenta era de una riqueza que en Inglaterra se consideraría de mal gusto. Pesadas bandas de astracán cruzaban las mangas y la parte delantera de su abrigo de doble botonadura, mientras que la capa azul oscuro que se echaba sobre los hombros estaba forrada de seda de color fuego y se aseguraba en el cuello con un broche que consistía en un único berilo llameante. Unas botas que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas y que estaban adornadas en la parte superior con una rica piel marrón, completaban la impresión de opulencia bárbara que sugería todo su aspecto. Llevaba un sombrero de ala ancha en la mano, mientras que en la parte superior de la cara, que se extendía hasta más allá de los pómulos, llevaba una máscara de lagarto negro, que aparentemente se había ajustado en ese mismo momento, ya que su mano todavía estaba levantada hacia ella cuando entró. Por la parte inferior de la cara parecía un hombre de carácter fuerte, con un labio grueso y colgante, y una barbilla larga y recta que sugería una determinación llevada al extremo de la obstinación.

"¿Recibió usted mi nota?", preguntó con una voz áspera y profunda y un acento alemán muy marcado. "Te dije que te llamaría". Miró de uno a otro de nosotros, como si no supiera a quién dirigirse.

"Por favor, tomen asiento", dijo Holmes. "Este es mi amigo y colega, el doctor Watson, que a veces tiene la bondad de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?"

"Puede dirigirse a mí como el Conde Von Kramm, un noble bohemio. Tengo entendido que este caballero, su amigo, es un hombre de honor y discreción, al que puedo confiar un asunto de extrema importancia. Si no es así, preferiría comunicarme con usted a solas".

Me levanté para irme, pero Holmes me agarró por la muñeca y me empujó hacia mi silla. "O ambos, o ninguno", dijo. "Puede usted decir ante este caballero todo lo que pueda decirme a mí".

El Conde se encogió de hombros. "Entonces debo empezar -dijo- por obligaros a ambos a guardar absoluto secreto durante dos años; al cabo de ese tiempo el asunto no tendrá ninguna importancia. Por el momento no es excesivo decir que es de tal peso que puede tener una influencia en la historia europea."

"Lo prometo", dijo Holmes.

"Y yo".

"Disculpe esta máscara", continuó nuestro extraño visitante. "La augusta persona que me emplea desea que su agente sea desconocido para usted, y puedo confesar de inmediato que el título por el que acabo de llamarme no es exactamente el mío".

"Era consciente de ello", dijo Holmes con sequedad.

"Las circunstancias son muy delicadas, y hay que tomar todas las precauciones para sofocar lo que podría convertirse en un inmenso escándalo y comprometer gravemente a una de las familias reinantes de Europa. Hablando claro, el asunto implica a la gran Casa de Ormstein, reyes herederos de Bohemia".

"Yo también lo sabía", murmuró Holmes, acomodándose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con cierta sorpresa aparente la figura lánguida y relajada del hombre que, sin duda, se le había descrito como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de Europa. Holmes volvió a abrir lentamente los ojos y miró con impaciencia a su enorme cliente.

"Si su majestad se dignara a exponer su caso", comentó, "podría aconsejarle mejor".

El hombre saltó de su silla y se paseó por la habitación con una agitación incontrolable. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara de la cara y la arrojó al suelo. "Tienes razón", gritó, "soy el Rey. ¿Por qué debería intentar ocultarlo?"

"¿Por qué, ciertamente?", murmuró Holmes. "Su Majestad no había hablado antes de que yo fuera consciente de que me dirigía a Wilhelm Gottsreich Sigismond von Ormstein, Gran Duque de Cassel-Felstein y Rey heredero de Bohemia".

"Pero puede usted comprender -dijo nuestro extraño visitante, sentándose una vez más y pasándose la mano por su alta y blanca frente-, puede usted comprender que no estoy acostumbrado a hacer tales negocios en mi propia persona. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiárselo a un agente sin ponerme en su poder. He venido de incógnito desde Praga con el propósito de consultarle".

"Entonces, por favor, consulte", dijo Holmes, cerrando los ojos una vez más.

"Los hechos son brevemente estos: Hace unos cinco años, durante una larga visita a Varsovia, conocí a la conocida aventurera Irene Adler. El nombre sin duda le es familiar".

"Tenga la amabilidad de buscarla en mi índice, doctor", murmuró Holmes sin abrir los ojos. Desde hacía muchos años había adoptado un sistema de anotar todos los párrafos relativos a los hombres y las cosas, de modo que era difícil nombrar un tema o una persona sobre la que no pudiera proporcionar información de inmediato. En este caso, encontré su biografía intercalada entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de Estado Mayor que había escrito una monografía sobre los peces de aguas profundas.

"¡Déjame ver!", dijo Holmes. "¡Hum! Nació en Nueva Jersey en el año 1858. Contralto, ¡hum! La Scala, ¡hum! Prima donna de la Ópera Imperial de Varsovia, ¡sí! Retirada de los escenarios de ópera, ¡ja! Viviendo en Londres... ¡muy bien! Su Majestad, según tengo entendido, se vio enredado con esta joven, le escribió algunas cartas comprometedoras, y ahora está deseando recuperar esas cartas."

"Precisamente eso. Pero cómo..."

"¿Hubo un matrimonio secreto?"

"Ninguno".

"¿Ningún documento legal o certificado?"

"Ninguno."

"Entonces no entiendo a su Majestad. Si esta joven presentara sus cartas para chantaje u otros fines, ¿cómo va a probar su autenticidad?"

"Ahí está la escritura".

"¡Pooh, pooh! Falsificación".

"Mi papel de notas privado".

"Robado".

"Mi propio sello."

"Imitado".

"Mi fotografía".

"Comprada".

"Los dos salimos en la fotografía".

"¡Oh, querido! ¡Eso está muy mal! Su Majestad ha cometido una indiscreción".

"Estaba loco, loco."

"Te has comprometido seriamente".

"Entonces sólo era el Príncipe Heredero. Era joven. Ahora ya tengo treinta años".

"Debe recuperarse".

"Lo hemos intentado y hemos fracasado".

"Su Majestad debe pagar. Debe ser comprada".

"Ella no venderá".

"Robado, entonces".

"Se han hecho cinco intentos. Dos veces ladrones a mi cargo saquearon su casa. Una vez desviamos su equipaje cuando viajaba. Dos veces ha sido asaltada. No ha habido ningún resultado".

"¿Ninguna señal de ella?"

"Absolutamente ninguna".

Holmes se rió. "Es un pequeño y bonito problema", dijo.

"Pero uno muy serio para mí", respondió el Rey con reproche.

"Muy, en efecto. ¿Y qué propone hacer ella con la fotografía?"

"Arruinarme".

"¿Pero cómo?"

"Estoy a punto de casarme".

"Eso he oído."

"Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Debes conocer los estrictos principios de su familia. Ella misma es el alma de la delicadeza. Una sombra de duda sobre mi conducta pondría fin al asunto".

"¿Y Irene Adler?"

"Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un alma de acero. Tiene la cara de la más bella de las mujeres, y la mente del más decidido de los hombres. Antes de que yo me case con otra mujer, no hay nada a lo que ella no llegue, nada".

"¿Estás seguro de que aún no lo ha enviado?"

"Estoy seguro".

"¿Y por qué?"

"Porque ha dicho que la enviará el día en que se proclamen públicamente los esponsales. Eso será el próximo lunes".

"Oh, entonces tenemos todavía tres días", dijo Holmes con un bostezo.

"Eso es muy afortunado, ya que tengo uno o dos asuntos de importancia que examinar en este momento. ¿Su Majestad se quedará, por supuesto, en Londres por el momento?"

"Ciertamente. Me encontrará en el Langham bajo el nombre del Conde Von Kramm".

"Entonces le enviaré una carta para informarle de cómo progresamos".

"Le ruego que lo haga. Seré todo ansiedad".

"Entonces, ¿en cuanto al dinero?"

"Entonces, ¿en cuanto al dinero?"

"Tienes carta blanca".

"¿Absolutamente?"

"Te digo que daría una de las provincias de mi reino por tener esa fotografía".

"¿Y para los gastos actuales?"

El Rey sacó una pesada bolsa de piel de gamuza de debajo de su capa y la puso sobre la mesa.

"Hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes", dijo.

Holmes garabateó un recibo en una hoja de su cuaderno y se lo entregó.

"¿Y la dirección de Mademoiselle?", preguntó.

"Es Briony Lodge, avenida Serpentine, St. John's Wood".

Holmes tomó nota de ello. "Otra pregunta", dijo. "¿La fotografía es de tamaño de exposición?".

"Lo era".

"Entonces, buenas noches, Majestad, y confío en que pronto tengamos buenas noticias para usted. Y buenas noches, Watson", añadió, mientras las ruedas del carruaje real rodaban por la calle. "Si tiene la bondad de venir mañana por la tarde a las tres, me gustaría hablar de este pequeño asunto con usted".

II

A las tres en punto me encontraba en Baker Street, pero Holmes aún no había regresado. La casera me informó de que había salido de la casa poco después de las ocho de la mañana. Sin embargo, me senté junto al fuego con la intención de esperarle, por mucho que tardara. Ya estaba profundamente interesado en su investigación, porque, aunque no estaba rodeada de ninguno de los rasgos sombríos y extraños que se asociaban con los dos crímenes que ya he registrado, sin embargo, la naturaleza del caso y la exaltada posición de su cliente le daban un carácter propio. En efecto, aparte de la naturaleza de la investigación que mi amigo tenía entre manos, había algo en su magistral comprensión de la situación, y en su agudo e incisivo razonamiento, que hacía que fuera un placer para mí estudiar su sistema de trabajo, y seguir los rápidos y sutiles métodos con los que desentrañaba los más inextricables misterios. Estaba tan acostumbrado a su éxito constante que la posibilidad de que fallara había dejado de rondar por mi cabeza.

Eran casi las cuatro cuando se abrió la puerta, y un mozo de cuadra con aspecto de borracho, desaliñado y con el bigote de lado, con el rostro inflamado y ropas de mala reputación, entró en la habitación. Acostumbrado como estaba a los sorprendentes poderes de mi amigo en el uso de los disfraces, tuve que mirar tres veces antes de estar seguro de que era él. Con un movimiento de cabeza, desapareció en el dormitorio, de donde salió en cinco minutos vestido de traje respetable, como antaño. Metiendo las manos en los bolsillos, estiró las piernas frente al fuego y se rió con ganas durante unos minutos.

"¡Bueno, de verdad!", gritó, y luego se atragantó y volvió a reírse hasta que se vio obligado a recostarse, inerte e indefenso, en la silla.

"¿Qué pasa?"

"Es demasiado divertido. Estoy seguro de que nunca podrías adivinar cómo he empleado mi mañana, o lo que he terminado haciendo".

"No puedo imaginarlo. Supongo que has estado observando los hábitos, y quizás la casa, de la señorita Irene Adler".

"Así es; pero la secuela fue bastante inusual. Sin embargo, se lo diré. Salí de la casa un poco después de las ocho de la mañana con el personaje de un mozo de cuadra sin trabajo. Hay una maravillosa simpatía y masonería entre los hombres del caballo. Sé uno de ellos y sabrás todo lo que hay que saber. Pronto encontré Briony Lodge. Es un chalet de lujo, con un jardín en la parte trasera, pero construido en el frente hasta la carretera, de dos pisos. Cerradura tipo Chubb en la puerta. Una gran sala de estar en el lado derecho, bien amueblada, con largas ventanas casi hasta el suelo, y esos absurdos cierres de ventana ingleses que un niño podría abrir. Detrás no había nada destacable, salvo que la ventana del pasillo se podía alcanzar desde la parte superior de la cochera. La rodeé y la examiné detenidamente desde todos los puntos de vista, pero sin observar nada más de interés.

"Luego bajé a la calle y descubrí, como esperaba, que había una callejuela que bajaba por una de las paredes del jardín. Les eché una mano a los mozos de cuadra para que frotaran sus caballos, y recibí a cambio dos peniques, un vaso cerveza mitad rubia y mitad oscura, dos cargas de tabaco de lana, y toda la información que pude desear sobre la señorita Adler, por no hablar de otra media docena de personas de la vecindad por las que no tenía el menor interés, pero cuyas biografías me vi obligado a escuchar."

"¿Y qué hay de Irene Adler?" pregunté.

"Oh, ella ha hecho que todos los hombres bajen la cabeza en esa parte. Es la criatura más delicada bajo un gorro en este planeta. Eso dicen los del barrio del barrio de Serpentine-mews, para los hombres. Vive tranquilamente, canta en los conciertos, sale a las cinco todos los días y vuelve a las siete en punto para cenar. Rara vez sale a otras horas, excepto cuando canta. Sólo tiene un visitante masculino, aunque acude bastante. Es moreno, guapo y apuesto, y nunca llama menos de una vez al día, y a menudo dos. Es el Sr.

Godfrey Norton, del Inner Temple. Vea las ventajas de un taxista como confidente. Le habían llevado a casa una docena de veces desde Serpentine-mews, y lo sabían todo sobre él. Cuando hube escuchado todo lo que tenían que decir, comencé a caminar de arriba abajo cerca de Briony Lodge una vez más, y a pensar en mi plan de campaña.

"Este Godfrey Norton era evidentemente un factor importante en el asunto. Era un abogado. Eso sonaba siniestro. ¿Cuál era la relación entre ellos, y cuál el objeto de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? Si era lo primero, probablemente le había cedido la fotografía. Si era lo segundo, era menos probable. De la respuesta a esta pregunta dependía si debía continuar mi trabajo en Briony Lodge o dirigir mi atención al bufete del caballero en el Temple. Era un punto delicado, y ampliaba el campo de mi investigación. Me temo que le aburro con estos detalles, pero tengo que hacerle ver mis pequeñas dificultades, si quiere entender la situación."

"Te sigo de cerca", le contesté.

"Todavía estaba haciendo balance del asunto en mi mente cuando un taxi llegó a Briony Lodge, y un caballero se bajó. Era un hombre extraordinariamente apuesto, moreno, aguileño y con bigote, evidentemente el hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucha prisa, gritó al taxista que esperara y pasó por delante de la criada que le abrió la puerta con el aire de un hombre que se siente completamente a gusto.

"Estuvo en la casa alrededor de media hora, y pude verle en las ventanas del salón, caminando de un lado a otro, hablando con entusiasmo y agitando los brazos. De ella no pude ver nada. Al cabo de un rato salió, con un aspecto aún más nervioso que antes. Cuando se acercó al taxi, sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró seriamente. "Conduce a toda prisa -gritó-, primero a Gross & Hankey's en Regent Street, y luego a la iglesia de Santa Mónica en Edgware Road. Media guinea si lo haces en veinte minutos".

"Se pusieron en marcha, y yo me preguntaba si no haría bien en seguirlos, cuando subió por la calle un pequeño y elegante landó (un tipo de coche de caballos), cuyo cochero llevaba el abrigo sólo a medio abrochar y la corbata bajo la oreja, mientras todas las etiquetas de su arnés sobresalían de las hebillas. No se había detenido antes de que ella saliera disparada por la puerta del vestíbulo y entrara en él. Sólo la vislumbé en ese momento, pero

era una mujer encantadora, con un rostro por el que un hombre podría morir.

"La iglesia de Santa Mónica, John", gritó, "y medio soberano si llegas a ella en veinte minutos".

"Esto era demasiado bueno para perderlo, Watson. Estaba sopesando si debía correr a por ella o si debía colocarme detrás de su landó cuando llegó un taxi a la calle. El conductor me miró dos veces ante una tarifa tan baja, pero me subí antes de que pudiera objetar. La iglesia de Santa Mónica - dije-, y medio soberano si llega a ella en veinte minutos". Eran las doce menos veinticinco minutos, y por supuesto estaba bastante claro lo que estaba en el aire.

"Mi taxista conducía rápido. No creo que haya conducido nunca más rápido, pero los demás llegaron antes que nosotros. El taxi y el landó con sus caballos humeantes estaban frente a la puerta cuando llegué. Pagué al hombre y me apresuré a entrar en la iglesia. No había ni un alma, salvo los dos a los que había seguido y un clérigo con sobrepelliz, que parecía estar discutiendo con ellos. Los tres estaban formando un grupo frente al altar. Yo me movía por el pasillo lateral como cualquier otro ocioso que se ha dejado caer por una iglesia. De repente, para mi sorpresa, los tres que estaban en el altar se volvieron hacia mí, y Godfrey Norton vino corriendo tan fuerte como pudo hacia mí.

"Gracias a Dios", gritó. "Tú lo harás. Ven. ¡Ven!"

"¿Qué sucede?" Pregunté.

"Ven, hombre, ven, sólo tres minutos, o no será legal".

"Fui medio arrastrado hasta el altar, y antes de saber dónde estaba me encontré murmurando respuestas que me susurraban al oído, y dando fe de cosas de las que no sabía nada, y, en general, ayudando a la unión firme de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se hizo en un instante, y allí estaban el caballero dándome las gracias por un lado y la dama por otro, mientras el clérigo me sonreía por delante. Fue la situación más absurda en la que me he encontrado en mi vida, y fue el pensamiento de ello lo que me hizo reír ahora mismo. Al parecer, había habido cierta informalidad en su permiso, que el clérigo se negó rotundamente a casarlos sin un testigo de algún tipo, y que mi afortunada aparición evitó que el novio

tuviera que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me regaló un soberano, y pienso llevarlo en la cadena de mi reloj en recuerdo de la ocasión".

"Este es un giro muy inesperado de los asuntos", dije; "¿y entonces qué?"

"Bueno, encontré mis planes seriamente amenazados. Parecía que la pareja iba a marcharse inmediatamente, y que por lo tanto era necesario tomar medidas muy rápidas y enérgicas por mi parte. En la puerta de la iglesia, sin embargo, se separaron, él conduciendo de vuelta al Temple, y ella a su propia casa. Saldré al parque a las cinco, como de costumbre", dijo al dejarle. No oí nada más. Se marcharon en direcciones diferentes, y yo me fui a hacer mis propios preparativos".

"¿Cuáles son?"

"Un poco de carne fría y un vaso de cerveza", respondió él, tocando el timbre. "He estado demasiado ocupado para pensar en la comida, y es probable que lo esté aún más esta noche. Por cierto, doctor, necesitaré su colaboración".

"Estaré encantado".

"¿No le importa infringir la ley?"

"En absoluto".

"¿Ni correr el riesgo de ser arrestado?"

"No por una buena causa".

"¡Oh, la causa es excelente!"

"Entonces soy su hombre."

"Estaba seguro de que podía confiar en usted."

"¿Pero qué es lo que desea?"

"Cuando la Sra. Turner haya traído la bandeja se lo aclararé. Ahora", dijo mientras se volcaba hambriento en la sencilla comida que nuestra casera había proporcionado, "debo discutirlo mientras como, porque no tengo mucho tiempo. Ya son casi las cinco. En dos horas debemos estar en el lugar de la acción. La señorita Irene, o más bien la señora, vuelve de su viaje a las siete. Debemos estar en Briony Lodge para recibirla".

"¿Y entonces qué?"

"Debes dejarme eso a mí. Ya he organizado lo que va a ocurrir. Sólo hay un punto en el que debo insistir. No debes interferir, pase lo que pase. ¿Entiendes?"

"¿Debo ser neutral?"

"No debes hacer nada. Probablemente habrá algún pequeño disgusto. No participes en él. Terminará cuando me lleven a la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá la ventana del salón. Debes colocarte cerca de esa ventana abierta".

"Sí."

"Debes observarme, porque seré visible para ti."

"Sí."

"Y cuando yo levante la mano, arrojarás a la habitación lo que yo te dé para arrojar y, al mismo tiempo, lanzarás el grito de fuego. ¿Me sigues completamente?"

"Completamente".

"No es nada muy temible", dijo, sacando un largo rollo en forma de cigarro de su bolsillo. "Es un cohete de humo ordinario, provisto de un tapón en cada extremo para que se encienda solo. Tu tarea se limita a eso. Cuando lances el grito de fuego, será captado por un buen número de personas. Entonces podrás caminar hasta el final de la calle, y me reuniré contigo en diez minutos. Espero que haya quedado claro".

"Debo permanecer neutral, acercarme a la ventana, vigilarte, y a la señal lanzar este objeto, luego dar el grito de fuego, y esperarte en la esquina de la calle".

"Precisamente".

"Entonces puedes confiar plenamente en mí".

"Eso es excelente. Creo que, tal vez, ya es hora de que me prepare para el nuevo papel que tengo que desempeñar".

Desapareció en su dormitorio y regresó a los pocos minutos con el carácter de un amable y sencillo clérigo no conformista. Su amplio sombrero ne-

gro, sus pantalones anchos, su corbata blanca, su sonrisa simpática y su aspecto general de curiosidad observadora y benévola eran algo que sólo el señor John Hare podría haber igualado. No se trataba simplemente de que Holmes hubiera cambiado su traje. Su expresión, sus modales, su propia alma parecían variar con cada nuevo papel que asumía. El escenario ha perdido un buen actor, al igual que la ciencia ha perdido un agudo razonador, cuando se ha hecho especialista en crímenes.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street, y todavía faltaban diez minutos para la hora cuando nos encontramos en Serpentine Avenue. Ya había anochecido y las lámparas se acababan de encender cuando nos paseamos de un lado a otro frente a Briony Lodge, esperando la llegada de su ocupante. La casa era tal y como me la había imaginado por la breve descripción de Sherlock Holmes, pero el lugar parecía ser menos privado de lo que esperaba. Por el contrario, para ser una calle pequeña en un barrio tranquilo, estaba notablemente animada. Había un grupo de hombres mal vestidos que fumaban y reían en una esquina, un afilador de tijeras con su rueda, dos guardias que coqueteaban con una enfermera, y varios jóvenes bien vestidos que holgazaneaban de un lado a otro con cigarros en la boca.

" Verás -comentó Holmes, mientras nos paseábamos de un lado a otro frente a la casa-, este matrimonio simplifica bastante las cosas. La fotografía se convierte ahora en un arma de doble filo. Lo más probable es que ella sea tan reacia a que la vea el señor Godfrey Norton como nuestro cliente lo es a que llegue a los ojos de su princesa. Ahora la pregunta es: ¿Dónde vamos a encontrar la fotografía?"

"¿Dónde, de hecho?"

"Es muy poco probable que la lleve consigo. Es del tamaño de exposición. Demasiado grande para ocultarla fácilmente en el vestido de una mujer. Ella sabe que el Rey es capaz de hacer que la asalten y la registren. Ya se han hecho dos intentos de este tipo. Podemos suponer, entonces, que no lo lleva consigo".

"¿Dónde, entonces?"

"Su banquero o su abogado. Existe esa doble posibilidad. Pero me inclino a pensar que no. Las mujeres son naturalmente reservadas, y les gusta hacer su propio secreto. ¿Por qué debería entregarlo a alguien más? Podía confiar

en su propia tutela, pero no podía saber qué influencia indirecta o política podría ejercerse sobre un hombre de negocios. Además, recuerda que había resuelto utilizarlo dentro de unos días. Debe estar donde ella pueda poner sus manos. Debe estar en su propia casa".

"Pero ha sido robada dos veces".

"¡Pshaw! No supieron buscar".

"¿Pero cómo vas a buscar?"

"No voy a mirar".

"¿Entonces qué?"

"Haré que me lo enseñe".

"Pero ella se negará".

"No será capaz de hacerlo. Pero oigo el ruido de las ruedas. Es su carruaje. Ahora cumple mis órdenes al pie de la letra".

Mientras hablaba, el brillo de las luces laterales de un carruaje llegó a la curva de la avenida. Era un pequeño y elegante landó que se acercó a la puerta de Briony Lodge. Cuando se detuvo, uno de los holgazanes de la esquina se precipitó a abrir la puerta con la esperanza de ganarse un cobre, pero otro holgazán, que se había acercado con la misma intención, le dio un codazo. Se desató una feroz disputa, acrecentada por los dos guardias, que tomaron partido por uno de los holgazanes, y por el afilador de tijeras, que estaba igualmente acalorado por el otro bando. Se produjo un golpe, y en un instante la dama, que había bajado de su carruaje, fue el centro de un pequeño nudo de hombres enrojecidos y que luchaban, que se golpeaban salvajemente con sus puños y palos. Holmes se lanzó entre la multitud para proteger a la dama; pero, justo cuando la alcanzó, dio un grito y cayó al suelo, con la sangre corriendo libremente por su rostro. Al ver su caída, los guardias se lanzaron en una dirección y los vagabundos en la otra, mientras que un número de personas bien vestidas, que habían observado la refriega sin participar en ella, se agolparon para ayudar a la dama y atender al hombre herido. Irene Adler, como aún la llamaré, se había apresurado a subir los escalones; pero se quedó en la cima con su magnífica figura perfilada contra las luces del vestíbulo, mirando hacia la calle.

"¿Está muy herido el pobre caballero?", preguntó.

"Está muerto", gritaron varias voces.

"¡No, no, tiene vida!", gritó otra. "Pero se habrá ido antes de que puedan llevarlo al hospital".

"Es un tipo valiente", dijo una mujer. "Habrían conseguido el bolso y el reloj de la señora de no ser por él. Eran una pandilla, y una ruda. Ah, ahora está respirando".

"No puede estar en la calle. ¿Podemos traerlo, señora?"

"Por supuesto. Llénenlo al salón. Hay un cómodo sofá. Por aquí, por favor".

Lenta y solemnemente lo llevaron a Briony Lodge y lo acostaron en la habitación principal, mientras yo seguía observando el proceso desde mi puesto junto a la ventana. Las lámparas estaban encendidas, pero no se habían bajado las persianas, por lo que pude ver a Holmes tumbado en el sofá. No sé si en aquel momento le asaltó el remordimiento por el papel que estaba desempeñando, pero sé que nunca en mi vida me he sentido más avergonzado de mí mismo que cuando vi a la hermosa mujer contra la que estaba conspirando, o la gracia y la amabilidad con que atendía al hombre herido. Y, sin embargo, sería la más negra traición a Holmes retirarse ahora del papel que me había confiado. Endurecí mi corazón y saqué el cohete de humo de debajo de mi chaleco. Después de todo, pensé, no la estamos hiriendo. Sólo estamos impidiendo que hiera a otra persona.

Holmes se había sentado en el sofá y le vi moverse como un hombre que necesita respirar. Una criada se apresuró a abrir la ventana. En el mismo instante le vi levantar la mano y a la señal lancé mi cohete a la habitación con un grito de "¡Fuego!". La palabra no había salido de mi boca cuando toda la multitud de espectadores, tanto los bien vestidos como los mal vestidos, caballeros, posaderos y sirvientas, se unieron en un grito general de "¡Fuego!". Gruesas nubes de humo se extendieron por la habitación y salieron por la ventana abierta. Alcancé a ver unas figuras que se apresuraban, y un momento después la voz de Holmes desde el interior asegurando que era una falsa alarma. Deslizándome entre la multitud que gritaba, me dirigí a la esquina de la calle, y en diez minutos me alegré de encontrar el brazo de mi amigo entre los míos, y de alejarme de la escena del alboroto. Caminó con

rapidez y en silencio durante algunos minutos hasta que doblamos por una de las tranquilas calles que conducen a Edgeware Road.

"Lo ha hecho usted muy bien, doctor", comentó. "Nada podría haber sido mejor. Todo está bien".

"¿Tiene la fotografía?"

"Sé dónde está".

"¿Y cómo lo has averiguado?"

"Ella me la mostró, como te dije que lo haría".

"Todavía estoy en la incertidumbre".

"No quiero hacer un misterio", dijo él, riendo. "El asunto era perfectamente sencillo. Usted, por supuesto, vio que todos en la calle eran cómplices. Todos estaban comprometidos para la noche".

"Lo supuse".

"Cuando estalló la pelea, tenía un poco de pintura roja húmeda en la palma de mi mano. Me precipité hacia delante, me caí, me llevé la mano a la cara y me convertí en un espectáculo lamentable. Es un viejo truco".

"Eso también pude entenderlo".

"Entonces me llevaron dentro. Ella estaba obligada a llevarme dentro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y en su sala de estar, que era la misma habitación que yo sospechaba. Estaba entre esa habitación y su dormitorio, y yo estaba decidido a descubrir cuál era. Me tumbaron en un sofá, pedí aire, se vieron obligados a abrir la ventana, y usted tuvo su oportunidad".

"¿Cómo te ayudó eso?"

"Fue muy importante. Cuando una mujer piensa que su casa se está incendiando, su instinto es correr hacia lo que más valora. Es un impulso perfectamente dominante, y más de una vez me he aprovechado de él. En el caso del escándalo de la sustitución de Darlington me fue útil, y también en el asunto del castillo de Arnsworth. Una mujer casada se aferra a su bebé; una soltera busca su joyero. Ahora estaba claro para mí que nuestra dama de hoy no tenía nada en la casa más valioso para ella que lo que estamos buscando. Se apresuraría a asegurarlo. La alarma de incendio estaba admi-

rablemente realizada. El humo y los gritos fueron suficientes para hacer temblar unos nervios de acero. Ella respondió maravillosamente. La fotografía está en un hueco detrás de un panel deslizante, justo encima del tirador de la campana derecha. Ella estaba allí en un instante, y yo alcancé a verla mientras la sacaba a medias. Cuando grité que se trataba de una falsa alarma, la volvió a colocar en su sitio, miró el cohete, salió corriendo de la habitación y no la he vuelto a ver. Me levanté y, presentando mis excusas, escapé de la casa. Dudé si intentar asegurar la fotografía de inmediato; pero el cochero había entrado, y como me observaba con atención, me pareció más seguro esperar. Un poco de exceso de precipitación puede arruinar todo".

"¿Y ahora?" pregunté.

"Nuestra búsqueda está prácticamente terminada. Mañana iré a ver al Rey, y a ti, si quieres venir con nosotros. Nos harán pasar al salón para esperar a la señora, pero es probable que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Podría ser una satisfacción para su Majestad recuperarla con sus propias manos".

"¿Y cuándo llamará?"

"A las ocho de la mañana. Ella no estará levantada, así que tendremos el campo libre. Además, debemos ser rápidos, ya que este matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y en sus costumbres. Debo telegrafiar al Rey sin demora".

Habíamos llegado a Baker Street y nos habíamos detenido en la puerta. Estaba buscando la llave en sus bolsillos cuando alguien que pasaba dijo:

"Buenas noches, señor Sherlock Holmes".

Había varias personas en la acera en ese momento, pero el saludo parecía provenir de un joven delgado con un ulster que se había apresurado a pasar.

"He oído esa voz antes", dijo Holmes, mirando la calle poco iluminada. "Ahora me pregunto quién demonios podría ser".

III

Aquella noche dormí en Baker Street, y por la mañana estábamos ocupados con nuestras tostadas y nuestro café cuando el Rey de Bohemia entró corriendo en la habitación.

"¡Lo has conseguido de verdad!", gritó, agarrando a Sherlock Holmes por ambos hombros y mirándole ansiosamente a la cara.

"Todavía no".

"¿Pero tienes esperanzas?"

"Tengo esperanzas".

"Entonces, venga. Estoy impaciente por irme".

"Debemos tomar un taxi."

"No, mi carruaje está esperando."

"En ese caso, eso simplificará las cosas." Bajamos y partimos una vez más hacia Briony Lodge.

"Irene Adler está casada", comentó Holmes.

"¡Casada! ¿Cuándo?"

"Ayer".

"¿Pero con quién?"

"Con un abogado inglés llamado Norton".

"Pero ella no puede amarlo."

"Tengo la esperanza de que lo haga."

"¿Y por qué tiene esperanzas?"

"Porque le evitaría a Su Majestad todo temor a futuras molestias. Si la dama ama a su marido, no ama a su Majestad. Si no ama a su Majestad, no hay razón para que interfiera con el plan de su Majestad".

"Es cierto. Y sin embargo... ¡Bueno! ¡Desearía que hubiera sido de mi misma condición! Qué reina habría sido". Se sumió en un malhumorado silencio, que no se rompió hasta que llegamos a Serpentine Avenue.

La puerta de Briony Lodge estaba abierta, y una mujer mayor estaba de pie en los escalones. Nos observó con una mirada burlona mientras bajábamos del carruaje.

"¿El señor Sherlock Holmes, creo?", dijo.

"Yo soy el señor Holmes", contestó mi compañero, mirándola con una mirada interrogativa y algo asustada.

"¡Claro que sí! Mi señora me dijo que era probable que usted viniera. Ha salido esta mañana con su marido en el tren de las cinco y cuarto de Charing Cross hacia el continente".

"¡Qué!" Sherlock Holmes se tambaleó, blanco de disgusto y sorpresa. "¿Quiere decir que ha abandonado Inglaterra?"

"Para no volver jamás".

"¿Y los papeles?", preguntó el Rey con voz ronca. "Todo está perdido".

"Ya veremos". Pasó por delante del criado y se precipitó en el salón, seguido por el Rey y por mí. Los muebles estaban desparramados en todas direcciones, con estantes desmantelados y cajones abiertos, como si la dama los hubiera saqueado apresuradamente antes de huir. Holmes se abalanzó sobre el tirador del timbre, arrancó una pequeña persiana corrediza y, hundiéndola la mano, sacó una fotografía y una carta. La fotografía era de la propia Irene Adler en traje de noche, y la carta estaba escrita a nombre de "Sherlock Holmes, Esq. Para ser dejada hasta que sea requerida". Mi amigo la abrió y los tres la leímos juntos. Estaba fechada en la medianoche de la noche anterior y decía lo siguiente

"Mi querido Sr. Sherlock Holmes: lo ha hecho usted muy bien. Me ha acogido usted por completo. Hasta después de la alarma de incendio, no tuve ninguna sospecha. Pero luego, cuando descubrí cómo me había traicionado, me puse a pensar. Me habían advertido contra ti hace meses. Me habían dicho que, si el Rey empleaba a un agente, seguramente sería usted. Y me habían dado su dirección. Sin embargo, con todo esto, me hiciste revelar lo que querías saber. Incluso después de sospechar, me resultaba difícil pensar mal de un viejo clérigo tan querido y amable. Pero, ya sabe, yo misma me he formado como actriz. El disfraz masculino no es nada nuevo para mí. A menudo me aprovecho de la libertad que me da. Envié a John, el cochero, a vigilarte, subí las escaleras, me puse mi ropa de paseo, como yo la llamo, y bajé justo cuando te ibas.

Bien, le seguí hasta su puerta, y así me aseguré de que realmente yo era un objeto de interés para el célebre señor Sherlock Holmes. Luego, de forma bastante imprudente, le deseé buenas noches y me dirigí al Temple para ver a mi marido.

Ambos pensamos que el mejor recurso era la huida, cuando nos persigue un antagonista tan formidable; así que encontrará el nido vacío cuando venga mañana. En cuanto a la fotografía, su cliente puede descansar en paz. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El Rey puede hacer lo que quiera sin impedimentos de alguien a quien ha perjudicado cruelmente. La guardo sólo para protegerme y para conservar un arma que me proteja siempre de cualquier medida que él pueda tomar en el futuro. Dejo una fotografía que podría interesarle; y sigo adelante, querido señor Sherlock Holmes,

Muy sinceramente suya,

Irene Norton, de soltera Adler."

"¡Qué mujer, oh, qué mujer!", gritó el rey de Bohemia, cuando los tres habíamos leído esta carta. "¿No te he dicho lo rápida y decidida que era? ¿No habría sido una reina admirable? ¿No es una lástima que no estuviera a mi nivel?"

"Por lo que he visto de la dama, parece, en efecto, estar en un nivel muy diferente al de su Majestad", dijo Holmes con frialdad. "Lamento no haber podido llevar el asunto de su Majestad a una conclusión más satisfactoria".

"Al contrario, mi querido señor", gritó el Rey; "nada podría ser más exitoso. Sé que su palabra es inviolable. La fotografía está ahora tan segura como si estuviera en el fuego".

"Me alegra oír a su Majestad decir eso".

"Estoy inmensamente en deuda con usted. Le ruego que me diga de qué manera puedo recompensarle. Este anillo..." Deslizó un anillo de serpiente de esmeralda de su dedo y lo extendió sobre la palma de su mano.

"Su Majestad tiene algo que debería valorar aún más", dijo Holmes.

"No tiene más que nombrarlo".

"¡Esta fotografía!"

El Rey lo miró con asombro.

"¡La fotografía de Irene!", gritó. " Por supuesto, si lo desea".

"Le agradezco a su Majestad. Entonces no hay más que hacer en este asunto. Tengo el honor de desearle muy buenos días". Se inclinó y, dándose la vuelta sin observar la mano que el Rey le había tendido, partió en mi compañía hacia sus aposentos.

Y así fue como un gran escándalo amenazó con afectar al reino de Bohemia, y cómo los mejores planes del señor Sherlock Holmes fueron vencidos por el ingenio de una mujer. Solía alegrarse de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no le he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler, o cuando se refiere a su fotografía, es siempre bajo el honorable título de la mujer.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**